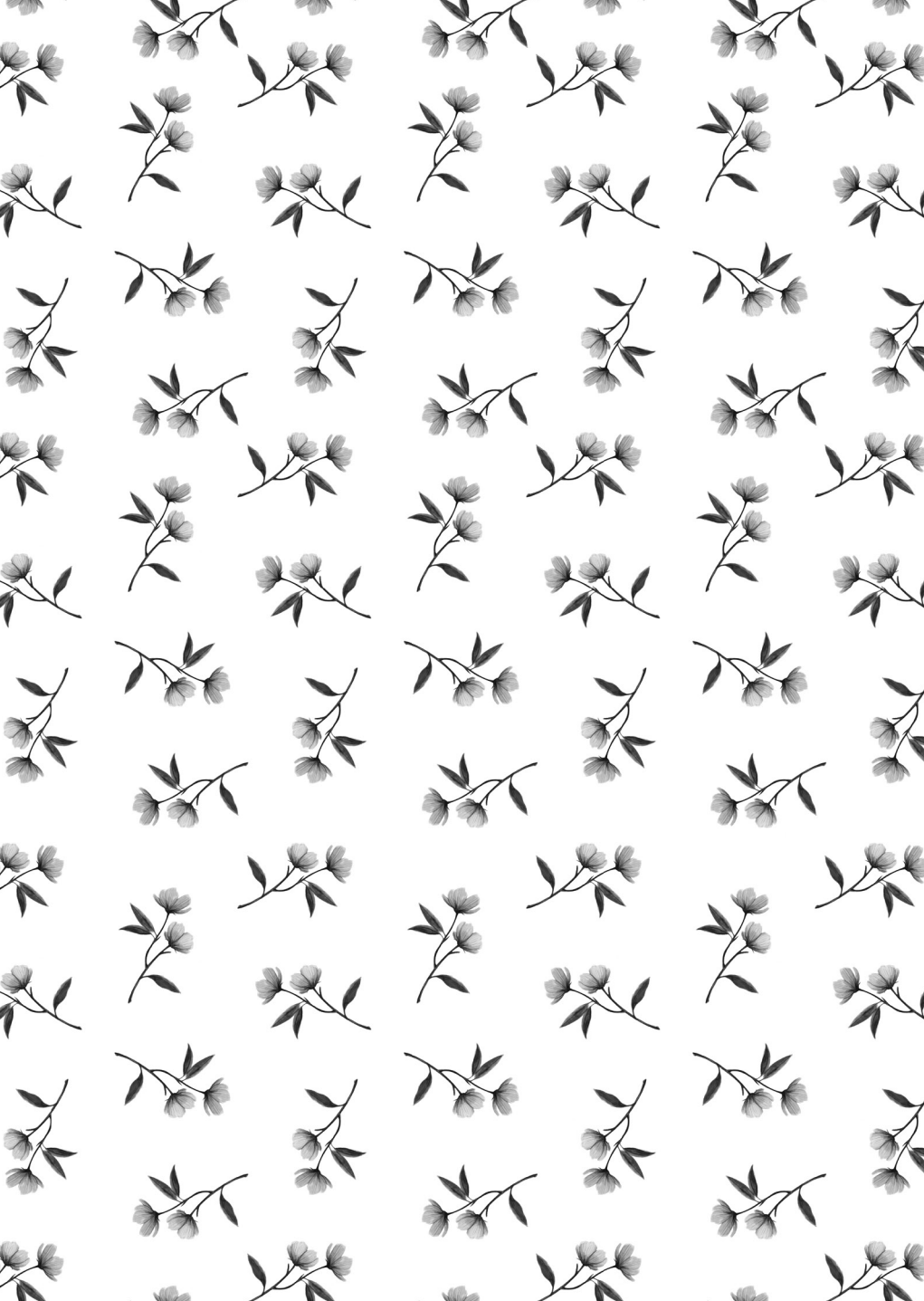
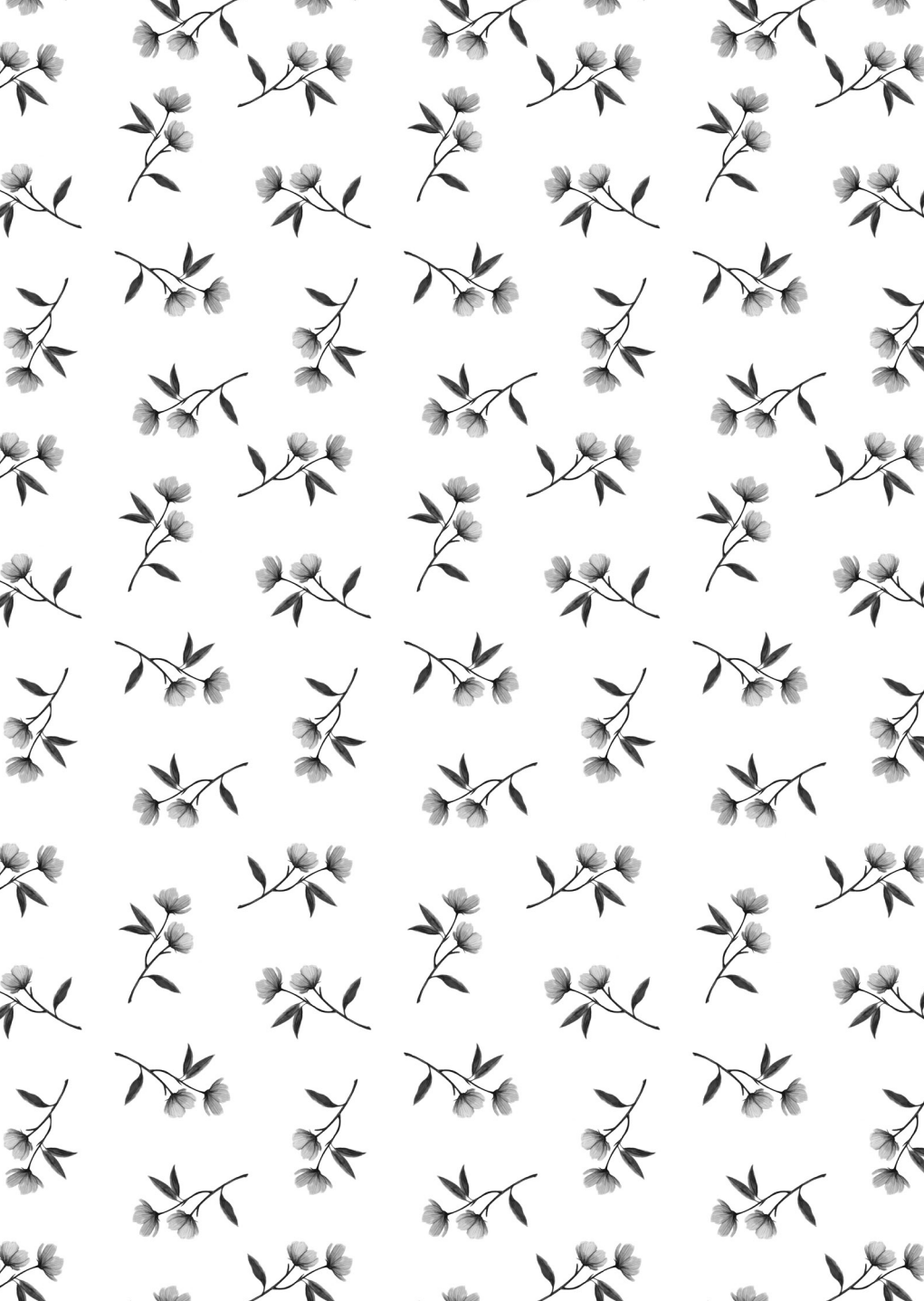




El fuego que arrasó mis llanuras

Un breve acercamiento
a la obra de Enriqueta Ochoa

FESTIVAL DE LA

Palabra Guna

Enriqueta Ochoa

2016

© Marianne Toussaint
© Secretaría de Cultura de Coahuila
© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza

Juárez e Hidalgo s/n. Zona Centro
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza
Correo electrónico:
premiosliterarios.sec@gmail.com

Edición: Alejandro Beltrán
Diseño e ilustración: Estefanía Nicté Estrada

Impreso y hecho en México
Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2016

El fuego que arrasó mis llanuras
se distribuirá de forma gratuita y sin fines de lucro.

El fuego que arrasó mis llanuras

Un breve acercamiento
a la obra de Enriqueta Ochoa

Enriqueta Ochoa Benavides nació el 2 de mayo de 1928 en Torreón, Coahuila, bajo el seno de una familia de relojeros y orfebres. Desde niña aprendió a trabajar las alhajas y los metales preciosos, pero también a escribir poesía: entre los nueve y diez años, ya tenía muchos poemas.

En su niñez, su padre le dio a ella y a sus hermanas una sólida educación: les enseñó de literatura, filosofía, psicología e historia del arte. También las educó sin religión, para que en la adolescencia eligieran el camino que mejor les convenía. En su casa, que estaba cerca de la joyería de sus padres, había libros de esoterismo, la Biblia y algunos clásicos españoles.

Enriqueta creció y siguió cada vez más comprometida con su vocación, con la poesía y las palabras. Fue así que a los 22 años, alentada por su mentor, el poeta Rafael del Río, publicó en la imprenta de Miguel N. Lira el poemario *Las urgencias de un Dios*. También se dice que fue él quien la introdujo en las lecturas de Rilke, Milosz, Saint-John Perse, San Juan de la Cruz, entre otros grandes poetas que, de alguna manera, la marcaron.

La recepción que tuvo el poemario en su ciudad, y en México, fue escandalosa: los curas, desde el púlpito, prohibían que se leyera el libro y algunas religiosas le aconsejaban que lo quemara. Desde su primer libro, se escuchó la voz poética, potente y desgarradora, de Enriqueta, se sintió el dolor de la palabra que, de alguna manera, se reafirmaría más tarde con poe-

marios como *Los himnos del ciego*, *Retorno de Electra*, *Bajo el oro pequeño de los trigos* y *Asaltos a la memoria*.

En este año, celebrando el Festival de la Palabra Laguna Enriqueta Ochoa 2016, la Secretaría de Cultura de Coahuila, a través de *El fuego que arrasó mis llanuras*, le rinde un homenaje a Enriqueta. En el libro se encuentran entrevistas y ensayos de escritores y académicos, así como una selección de poemas. Queden las siguientes páginas como una pequeña aportación para difundir la obra de nuestra poeta en México y el mundo.

Lic. Ana Sofía García Camil
Secretaria de Cultura de Coahuila

Para mí la poesía es el hallazgo de lo insólito en lo cotidiano. Después de que se ha descendido a las zonas más profundas del ser, más allá de la travesía del subconsciente, en donde lo sublime y lo terrible se dan la mano, la palabra nombra la esencia y existencia del hombre. Es el mundo de las vivencias el que mejor configura los símbolos, la magia, las imágenes, la liberación de las palabras concretas. La poesía como labor es ardua y en ella es fácil perderse, desmoronarse en pequeños fuegos artificiales. Yo quiero ir más allá, decir lo más entrañable mío, que en todos los casos es de los demás.

Enriqueta Ochoa

Enriqueta Ochoa

Beatriz Espejo

Trató con la poesía antes de saberlo. Fue niña que creció en un castillo de la pureza, pared de por medio entre ella y los aconteceres de afuera. Casi todo le costó trabajo. Tardó incluso en descubrir su vocación. Al principio —cosa curiosa para una muchacha de Coahuila cuyas experiencias no se extendían más allá de Gómez Palacio—, quiso dedicarse a la física nuclear y en un discreto rincón de su casa montó un laboratorio. Hacía experimentos por la madrugada, bajo el amparo del silencio, hasta que un día casi explotó el cuarto. Ante tamaño susto, encontró un remedio que hubiera adoptado otras ingenuas señoritas de provincia sin tanta

fortuna. Se puso a rezar parada en la escalera del jardín por la cual subía para darle alpiste a sus pájaros. Invocó el auxilio de San Francisco y la ayuda se manifestó con un ruido sordo de canicas que le sonaban en los oídos. Bajó de allí y el papel y el lápiz le dieron la primera respuesta. Desde entonces se acerca a su oficio devotamente, convertida en una médium, en una sierva que cumple la voluntad de su creador. Es decir que Enriqueta Ochoa hace sus espléndidos poemas a partir del aliento divino, la inspiración. Ello no le impide la tarea artesanal, sacarle brillo a las palabras como si fueran de plata y a base de tallarlas le salieran estrellas, luces insospechadas, reflexiones.

Entre los diecisiete y los diecinueve años, al igual que muchas autoras célebres de las letras universales, escribía a escon-

didas, temerosa de ser descubierta. Llegó a tragarse sus apuntes para que no se los hallaran. Un día, su padre no pudo soslayar la situación y contrató a un maestro que le señaló a Enriqueta Ochoa la senda de las buenas lecturas.

Aunque por herencia familiar trabajaba la orfebrería, la literatura se le volvió una necesidad que le complicaba la existencia y la aislaba de todo y de todos. No era pues un placer regocijado, sino una especie de castigo. No podría emular a Machado diciendo que su verso brota de manantial sereno. Su venero es la angustia que la lleva a sublevarse, a dejar por escrito sus pensamientos más íntimos, sus más intensos pesares, el muestrario detallado de sensaciones emotivas. Tal vez por eso inventa fantasías que le aligeran el aburrimiento cotidiano o agudiza los dolores

que se convierten en poemas. Tal vez por eso sus mejores composiciones en prosa y verso han resultado de las catarsis que le extravían la idea del tiempo, y en ese curioso mecanismo radica el origen de su proverbial impuntualidad.

Humorista que no ejercita la ironía sino contra sí misma; incansable lectora de historia y filosofía de las religiones, encontró así uno de sus temas constantes y el tema de su primer libro, *Las urgencias de un Dios* publicado por la imprenta de Miguel N. Lira (Saltillo, Coahuila, 1950). Entendía a Dios como un embarazo, un parto difícil y maravilloso. Los curas la tomaron por herética y repudiaron el libro desde los púlpitos; sólo sirvió para aumentar el número de lectores y, sin embargo, se ahondó la angustia y una oscura sensación de culpa que no le impidieron ejercitar su

oficio. *Los himnos del ciego* (Xalapa, El caracol marino, 1968) y *Las vírgenes terrestres* (Parva, 1969) donde habló de las solteras en un poema que había permanecido inédito porque se entendió como un texto pornográfico, precedieron *Cartas para el hermano* (Universidad Veracruzana, 1973) y *Testimonio* (Torreón, Club de Leones, 1975). Eran casi siempre editoriales pequeñas y tirajes reducidos. Enriqueta lo resistió con una fortaleza digna de ser imitada y se aferró a su arte evitando engañarse, engañar a los demás. Si en sus inicios acusaba afinidades con otras autoras, pronto halló su propia retórica y se valió de ella despreocupada de modas o convencionalismos. En el *Retorno de Electra* (Diógenes 1978, Lecturas Mexicanas 1987) recogió los poemas más significativos de sus libros anteriores y dio a conocer seleccionadas sus

composiciones de varios años. Siguieron *Bajo el oro pequeño de los trigos* (Universidad Chapingo, 1984), *Canción de Moisés* (Xalapa, Papel de envolver, 1984), la aparición en varias antologías y unos *Asaltos a la memoria* de los cuales sólo se conocen aún algunos cantos. A pesar de tener ya una obra sólida, sin prisas, sin pausas, Enriqueta Ochoa continúa produciendo su poesía vigorosa, personal, de raíz autobiográfica, concebida en un rapto, trabajada con lentitud.

El hombre

para Wenceslao
Rodríguez

¿Qué ha visto el hombre?
Nada.
Ciego y desnudo llegó,
desnudo y ciego se irá
del polvo al polvo.
Un gesto de ternura podría salvar
    al mundo,
pero el hombre jamás bajó los ojos
a ese pozo de luz.

—Llorarás, le dijeron,
mas no es fácil llorar.
Llorar es desprenderse,
irse en ríos de uno,
y el hombre sólo sabe
devorar y perderse.

No conoce más muros
que los que cercan su ciudad en sombras
y hasta allí ha bajado a envejecer,
a morir en sí mismo,
a sepultarse testarudo,
mientras la soledad circula por su cuerpo
como el viento por una casa en ruinas.
Yo insisto,
un gesto de ternura podría..., de pronto,
me irrito, tiemblo, río, me quebranto.

Yo soy el hombre.

Retorno de Electra

I

Para poderte hablar,
así, de frente,
tuve que echarme toda una vida
a llorar sobre tus huesos.
Tuve que desandar lo caminado
desnudando la piel de mi conciencia.
Para poderte hablar
tuve que volver a llenarme de aire
los pulmones.
Y cuidar de que no se me encogieran
las palabras,
el corazón, los ojos,
porque aún se me deshacen de agua
si te nombro.
Ya me creció la voz, padre, patriarca,
viejo de barba azul y ojos de plomo;
ya te puedo contar lo que ha pasado

desde que tú te fuiste.
Con tu muerte se quebrantaron todos
los cimientos;
no me atreví a buscar,
porque no habría
un roble con tu sombra y tu medida
que me cubriera de la llaga de sol en
mi verano.
Uní la sangre que me diste a otra sangre;
malherida,
borré la sombra del sexo entre los hombres
y me quedé vacía, a la intemperie...
Y no pude decir,
hasta que se hizo carne de mi carne el amor,
lo que era hallar la propia sombra,
entregándose.
Después quise ubicarte en mí, te pesé,
te ultrajé, te lloré, medí tus actos;
di vuelta atrás,
y volví a caminar lo desandado;

por eso puedo hablarte ahora, así,
porque entendí tu medida de gigante.

II

No podemos hacer nada con un muerto,
padre,
se suda sangre,
se retuerce el aullido, tirado
sobre las tumbas,
en un charco de culpa.
Padre, yo soy Pedro y Santiago,
el sable que doblado de sueño
castró su espíritu en tu oración del huerto.
Yo soy el viscoso miedo de Pedro
que se escurrió en la sombra
a la hora de tus merecimientos.
Soy el martillo cayendo sobre tus clavos;
el aire que no asistió al pulmón en agonía;
soy la que no compartió
el dolor anticipado que se encerró
a devorarse;

la hendidura irresponsable,
la desbandada de apóstoles...
Soy este pozo de noche en que se hunde
la conciencia.
Di, ¿qué se hace con un muerto, padre?
Di cómo lavo estas llagas,
si todo queda inscrito en el tiempo
y todo tiempo es memoria.

III

Colgábamos de ti
como del racimo la uva.
Cuando la muerte
reblandeció el cogollo de tu fuerza,
presentimos el vértigo de altura y la caída.
Uno a uno,
en relación directa a la pesantez
de tu esencia,
descendimos.
Bajo anónimas pisadas me vi saltar la pulpa,
sorprendida.

Y no era orgía de vendimia,
ni enervación de culto;
fue ser la sangre a la sed de todos
los caminos
dejar la piel desprendida
entre un enjambre de alambradas.
Ahora,
para afirmar la talla
con que tu amor me hizo,
sólo queda una espina:
la palabra.

IV

Perdón hermanos,
porque no alcanzo a verlos,
ahogada como estoy en mi hoyo
de pequeñas miserias.
¡Mentira que deseo morir!,
antes quisiera conocerlos
sin mi lente deforme,
quizá los amaría tanto,

o más de lo que estoy amando
a mi lastre de lágrimas
en este viaje de niebla.

V

Padre,
no puedo amar a nadie,
a nada que no sea este fuego
de sucia conmiseración
en que se consume mi lengua.
Quiero otro aire,
otro paisaje que no sean los muros
de mi cuerpo.
Emparedada, desconozco el resplandor
del centro
y la desnudez de la periferia.
Voy a abrir brecha hacia los dos caminos
y quizá quede atrás
la trampa de la vieja noria.

Marianne

Después de leer tantas cosas eruditas
estoy cansada, hija,
por no tener los pies más fuertes
y más duro el riñón
para andar los caminos que me faltan.
Perdona este reniego pasajero
al no encontrar mi ubicación precisa,
y pasarme el insomnio acodada en
    la ventana
cuando la lluvia cae,
pensando en la rabia que muerde
la relación del hombre con el hombre;
ahondando el túnel, cada vez más estrecho,
de esta soledad, en sí, un poco la muerte
    anticipada.
Qué bueno que naciste con la cabeza
    en su sitio,

que no se te achica la palabra en el miedo,
que me has visto morir en mí misma cada
instante
buscando a Dios, al hombre, al milagro.

Tú sabes que nacimos desnudos, en total
desamparo
y no te importa,
ni te sorprende el nudo de sombra
que descubres.
Todo se muere a tiempo y se llora a retazos,
has dicho,
sin embargo, es azul de cristal tu mirada
y te amanece fresca el agua del corazón;
quitas fácil el hollín que pone el hombre
sobre las cosas,
y entiendes en tu propio dolor al mundo,
porque ya sabes
que sobre todos los ojos de la tierra
algún día, sin remedio, llueve.

Bajo el oro pequeño de los trigos

para Samuel Gordon

Si me voy este otoño
entiérrame bajo el oro pequeño de los
trigos,
en el campo,
para seguir cantando a la intemperie.
No amortajes mi cuerpo.
No me escondas en tumbas de granito.

Mi alma ha sido un golpe de tempestad,
un grito abierto en canal,
un magnífico semental
que embarazó a la palabra con los ecos
de Dios,
y no quiero rondar, tiritando,
mi futuro hogar,
mientras la nieve acumula

con ademán piadoso
sus copos a mis pies.

Yo quiero que la boca del agua
me exorcice el espíritu
que me bautice el viento,
que me envuelva en su sábana cálida
    la tierra
si me voy este otoño.

Carta a Jesús Arellano

Desde hace años, Jesús,
el corazón me rebota loco entre las sienes
y ando por los rincones escondiendo
    al sollozo.
Estreno una sonrisa cada mañana
y pido limosna en todas las esquinas,
porque ¿quién va a prestarme su vida,
    su amor o su Dios?
Tengo que comprármelos yo misma,
    y no me alcanza.
Y todo esto que escondo y espero
    y que no llega
es la razón que me desangra dentro.

A veces ocurre que de tan hambrientos
inventamos el sueño, la esperanza.

Y mortalmente heridos, agonizamos
por todos los hijos
que se nos quedaron dentro
y por las palabras desquebrajadas
presas entre los molares apretados
del miedo
—las que luchan por sobrevivir
y a veces se nos caen de la boca
como un aborto ciego y doloroso.
Algo se rompe acá dentro y pienso:
me estoy vaciando viva.
Todos los adioses se agolpan
y me miran a mitad de la noche.
Tomo mi cobija de silencio
y camino arrastrándola por los pasillos
de la locura.

Y no me muero, Jesús,
y me siento a la orilla
pidiendo se me ayude a balancear mi vida,

antes de irme
y tiemblo y nadie escucha, huyen con
espanto,
mientras yo juego a la pelota con la muerte,
lanzándola como pequeña brasa de una
mano a otra.
Y no me muero, Jesús, y no se muere una,
hace sólo el ridículo con su pequeña muerte
que es sólo una niña azorada,
llorando por todos los que de veras mueren
sin derecho.

Enriqueta Ochoa o el retorno del mito

Esther Hernández Palacios*

No es posible hablar de la poesía de Enriqueta Ochoa sin bordear el abismo, la nada; sin sentir la misteriosa adhesión que nos convoca un paisaje árido o abruptamente fértil; sin rendirnos ante la fe de un Dios que urgentemente debiera existir. No es posible evadir el corazón humano, porque esto es lo primero que toca y restaña su poesía profética.

Telúrica y a la vez invadida de misticismo, de delicada ausencia y habitada carne, la poesía de Enriqueta Ochoa reúne el esplendor fundacional del "Génesis", el peso de la culpa y la espada y el goce del cuerpo del "Cantar de los cantares". Una voz hermética cuando se asoma a la vida de una flor y una triste llaneza enumera-

tiva al describir los arrabales de un puerto, la trilla de una cosecha de algodón, la terrible soledad del aliento de un cine, o las salmodias musulmanas de un exilio de miel y desdicha. Madre del suicidio de sus hermanos, hermana de su propia muerte, Antígona moderna que lleva de un sitio a otro el cadáver de su padre, de su dios y de su hijo, sin poder, sin querer encontrarles tumba y sosiego, sino buscando prolongar en su poesía el sitio que la vida debe arrebatar a la muerte.

No es posible sin infligirle injusticia, hablar de esta obra y ceñirla, como quieren algunos de sus lectores, a una terrenalidad mexicana y a un tiempo concreto. Supo nacer en una pradera hermosa y bien cultivada —Torreón, 1928—, pero también ha sabido exiliarse bajo la lluvia pertinaz del mundo. Hay en su poesía una

clara pujanza originaria, que en un poeta de escasos vuelos hubiera satisfecho la necesidad de belleza y sentido, y que sin embargo ella, dueña como se ha dicho de un paraíso terrenal, abandona por un destierro de sed y de preguntas.

Maestra de literatura desde 1956 en su natal Coahuila, y años más tarde, itinerante, en jalapa, Toluca y el Distrito Federal, Enriqueta nunca se ha apartado de los libros o, diríamos más bien, de la lectura. Contemporánea en el ámbito nacional de Sabines y Rosario Castellanos, con quienes comparte la poesía, y cercana en sensibilidad a Rulfo y a Revueltas, con quienes intercambia preocupaciones, abreva sobre todo en los grandes poetas místicos y de los siglos de oro —en particular Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Lope de Vega— y en los clásicos griegos. Su profundo espíritu

religioso la acerca una y otra vez a los libros sagrados y el mismo aliento la mantiene unida a los poetas bucólicos, clásicos y modernos: Virgilio, Horacio, Othón y Unamuno. Su dolida humanidad la acerca a la novelística rusa: Tolstoi, Chéjov, Dostoievski. Dios, a Rilke.

La relación que en la obra de Enriqueta Ochoa se establece entre poesía y paisaje —morada y palabra— es elemento que le otorga valor singular. Este hecho original y originario la coloca en camino de resolver un destino poético gobernado por dioses antiguos, es por esto que, a primera vista, su poesía puede dar la impresión de ser anacrónica, desvinculada de la realidad: ni comprometida ni militante cuando manifiesta sus preocupaciones sociales, sus materiales son el corazón humano y la justicia; cuando aborda el cuerpo

del amor son la urgencia, la límpida nostalgia del sueño realizado, la decisión de defender, la verdad de lo que se siente. Y cuando se acerca, ocupa y hace florecer su gran tema —Dios—, es hija, madre, huérfana, partera y en la más pura estirpe rilkeana, creadora de Dios.

En ningún otro tema es tan contemporánea como en éste, en ningún otro cala tan hondo en este mundo asfixiado por el materialismo y las ideologías desacralizantes. Poesía sin veleidades, indagaciones formalistas ni limbos intelectuales. Escrita en la clandestinidad de una sensibilidad distinta, forma parte de la estirpe de poetas como Holan, Brodsky o Milosz, a contrapelo del mundo —léase sociedad— y a favor del hombre. Aunque a esta palabra le cuesten 20 o 30 años demostrar lo verdadero de lo humano.

Todo lo anterior nos lleva al reconocimiento de que se trata de una escritora inusitada, pero es en la manera de tratar el amor y su rendición corporal donde la poesía de Enriqueta Ochoa es absolutamente única. Si bien pueden percibirse en sus versos las voces poderosas de la literatura femenina de este siglo: Sara de Ibáñez, Gabriela Mistral, Virginia Woolf, Ana Ajmátova... y la dúctil voz de la poesía árabe, lo cierto es que la hondura erótica, la existencialidad de la carne vive en esta obra es de una naturalidad extasiante y plena. Qué reconfortante para este mundo abusivamente masculino encontrar, aun en medio del dolor y la nostalgia y bajo el peso consciente de la escisión, la plenitud de una mujer.

Como ya dijimos antes, esta obra poética puede llamar a engaño, puede dar-

nos una impresión equivocada, repetimos un cierto gusto antiguo, pero hay en ella un elemento —ya a estas alturas insoslayable— contemporáneo y último y es el enfrentamiento en cuerpo y alma —en acción— con lo imposible: llámese Dios, amor o nada.

Si las palabras "aventura" o "empresa" no estuvieran tan tristemente desaliñadas, serían tentativas para definir esta poética: la aventura divina o la empresa del corazón; mucho hay de Hölderlin y de Conrad en esta forma de asumir la vocación poética. Destino quería Cernuda y lo obtuvo, no menos ha logrado Enriqueta Ochoa: "Un río es una criatura viva/ por donde Dios hace correr ese temblor maravilloso de su esencia." Entre la unión de Dios y el paisaje se encuentran las cosas elementales: el agua, el fuego, la tie-

rra, la siembra, de ellas está saturada esta poesía. La oposición fuego y agua, llamas y cristales es constante, lo es también la presencia de la luz profética que intenta desentrañar los misterios y la imagen del punzante avispero o la "colmena inefable", pero sobre todo es tenaz la presencia de los cuatro elementos a los que la poeta añade una quinta fuerza natural: el lenguaje y su origen.

Estos templos

Ahora sé por qué me mantuviste
en cautiverio
calcinándome bajo el ojo sin párpado
del desierto.
Por qué soltaste dentro de mi cabeza
un viento oscuro que azotaba, soplando
sin descanso;
por qué pusiste por nervios, en mi

cuerpo,
esta red enfermiza: de cristales;
por qué me fui haciendo mínima:
pasita seca en el corazón de la miseria.
Y por qué hoy,
justo antes de partir,
levantas mi castigo
y rompes el sello que invalidaba mi lengua.
Ha sido para que mi esencia encontrara
en ti
su fuente de contacto,
para que aprendiera a beberme el mar
en una sola de tus lágrimas,
para que en el dolor te conociera
al conocer la dimensión del hombre
y pudieran a través de mis labios,
trasminar su agua todos los muros
de estos templos que somos sin saberlo.

El poeta es el habitado, es la morada del lenguaje. Entre la disyuntiva moderna entre el poeta morada del silencio y el poeta morada

del lenguaje, ella opta por la segunda heroicidad. Morada de la palabra, morada de Dios, morada del deseo.

"Las vírgenes terrestres", poema temprano, es una de sus obras más ambiciosas y mejor logradas. Compuesta por un introito y siete partes, es un canto a la vida, al amor y a la condición femenina, pero también a la condición humana, porque se trata de una mujer que se declara "desierta" de varón. "Y es que la poesía ha sido en todo tiempo, vivir según la carne" (María Zambrano, "Mística y poesía", en *Poesía y Filosofía* p. 47). Pocas veces la poesía moderna ha sido tan firme al abordar el erotismo femenino, y también pocas veces se ha acercado tanto a Fray Luis y Santa Teresa.

> Pero es que si el cuerpo
> pide su eternidad limpio y derecho,
> es un mordiente enojo andarle huyendo;

dejar su temblorosa mies ardiendo
a solas,
sin el olor oscuro de los pinos.

Poema telúrico. "Las vírgenes terrestres" remarca la identificación de la mujer con la tierra, identidad que se inicia en la contemplación, pasa al abrazo, del abrazo a la simbiosis y de esta a la maldición. Una celebración, como ésta, del instinto, por donde se escapa la fuerza femenina para satisfacer su deseo, no puede, no debe, pasar desapercibida.

Publicada por primera vez en 1952, su lectura fue prohibida por inmoral desde el púlpito, anécdota que no sería importante si no nos remitiera una vez más a la estrecha relación que existe entre esta poesía y la poesía griega: "La poesía era una herejía ante la idea de verdad de los griegos y también lo era ante su exigencia de unidad,

porque traía la dispersión del modo más peligroso, fijándola. Herejía también ante la moral y ante algo más grave que la moral misma y anterior a ella, ante la religión del alma (orfismos, cultos dionisiacos), porque era la carne expresada, echa ente por la palabra" (María Zambrano "Mística y Poesía", p. 47). También en el tratamiento de la figura paterna se encuentra esta poesía con la más clásica tradición, de Sófocles a Hölderlin. Los poemas que Enriqueta Ochoa dedica al padre muerto son contemporáneos de esa otra enorme elegía que con el mismo motivo escribiera Jaime Sabines, pero si "Algo sobre la muerte del Mayor Sabines" es un poema terrenal, "Retorno de Electra" es un poema místico y mítico. Enriqueta Ochoa no sólo lamenta el extravío del padre, de *su* padre, sino que testimonia el extravío de Dios. Círcu-

lo en el que se unen religión y erotismo en esta Electra enamorada de Dios padre, de Dios hijo, de Dios amante.

> En la casa contigua
> grita una mujer las glorias de la Biblia
> y no conoce a Dios.
> Su voz huele a vinagre, aceite de ricino
> y Dios no huele a eso,
> entre mil olores reconocería el suyo.

Si bien Nietzsche y Dostoievski lamentan la muerte de Dios y el poema mexicano la muerte del padre, en la voz femenina, en el cuerpo de mujer de la poesía de Enriqueta Ochoa, esta ausencia adquiere la magnitud de un cataclismo humano sin precedentes, ya que es el extravío del otro cuerpo —el amante— en la figura mítica del padre que nos da nuestro cuerpo. Cataclismo sólo comparable en profundidad

y hondura con la relación de Edipo Rey y su madre, es decir del hombre con la naturaleza y de la mujer con el varón.

Por, y contra esto, la poesía de Enriqueta Ochoa recorre todo el camino posible de la mal llamada "liberación femenina", desde los reclamos sedientos de "Las vírgenes terrestres", hasta el abismo de la muerte del hombre. Después de esta poesía ya no podremos caminar más sin Dios y sin Naturaleza.

Ya no es un hombre —Edipo—, todas las fuerzas divinas y terrenales están puestas en una mujer, esta Electra moderna da un paso adelante en la condición humana. Empieza siendo una virgen terrestre y al término de su vida mítica, esta Antígona-Electra comete un destino: extravía a su padre, al mismo tiempo que descubre cumpliendo el ciclo trágico, que su padre es Dios. Erótica, mística y frater-

nal, esta poesía ha vuelto a fundar mitos (momentos culminantes de la cultura en que mediante la palabra, los hombres llegamos a una verdad última). Tan cerca de Prometeo está y tan cerca de Electra, que no le incomoda hablar de un sujeto que al mismo tiempo es Dios y amante. Prometeo, Antígona, Electra, Santa Teresa... pero Enriqueta Ochoa que desde la nada habla al hombre con el misterio de lo femenino. Y su reclamo al *varón* es a la vez el de la hija y el de la amada; es Eva que canta la pérdida edénica y que echa de menos tanto a Dios como a Adán. "Retorno de Electra" es el poema épico de lo femenino, dividido en episodios vivenciales, tanto fenomenológicos como cotidianos, prolonga la indagación sobre la condición humana en la dolorosa parte que corresponde a la mujer. Destino trágico, debe testimoniar la caída del hombre y la desa-

parición de Dios, al mismo tiempo que intenta restañar estas pérdidas, con el arduo testimonio de lo femenino.

* Agradezco la colaboración de Luis Méndez.

Bibliografía

Ochoa, Enriqueta. *Retorno de Electra*. México: Editorial Diógenes, 1978.

_____. *Bajo el oro pequeño de los trigos*. México: Universidad Autónoma de Chapingo, 1984.

Zambrano, María. *Filosofía y Poesía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.

Las urgencias de un Dios

¡Cuánto jirón de cielo prometido
que no puedo creer,
que no logra sitiarme
ni adormecer mi sien
ni incitarme el afán!

No rebusquen más mitos en mis labios.
Soy la furia salvaje de una criatura
abandonada en el monte
sin conocer más padre que el sol que
    ha requemado mi epidermis
ni más madre que ese lamento gris de tierra
que indefinidamente me derrumba
    y me levanta.

Una urgencia por Dios toma el vocablo.
¡Lo que nos pasa a veces!

Si cuando niña se me hubiera dicho:
"Ante Dios
afloja la rodilla y baja el rostro",
yo hubiera obedecido.
Pero nadie sopló luces de mitos en mi frente
ni se movió en los nervios de mis actos
(aprendí de mi abuelo a levantar,
    por mi mano, todas las cosas)
y fui sólo el bárbaro explorador sin ropas
que arañando la piedra se trepaba al risco
para avistar las rutas que indicaba
su brújula de astros y de olores.
Y ahora, cuando alguien me pregunta:
"¿Cuál es tu Dios, tu identidad,
y la región que habitas?", digo:
—Mi tierra es la región del embarazo
y yo soy la semilla donde Dios
es el embrión en vísperas.

¡Cuánto pasado para llegar aquí!
Para poder estar de pie junto a las cosas

y decir:
—Mi corazón se espiga frente al mundo
como una inmensa lágrima caliente.
Pasan las madres con sus hijos.
Las parcelas revientan de brotes
y el espacio nutre un retoño
de vibrátiles e inmensas dimensiones.
Ante esto
yo mido la magnitud de mis caderas,
palpo mis carnes, aguzo el oído finamente
y confirmo el hecho:
como ellas yo llevo un fruto en mí.
Pero alguien, no sé quién, salta y me dice:
"Ficticio anunciamiento
en la sorda pulsación de un cuerpo estéril".
Qué saben ellos
de ese recóndito embrión
urgiendo mi presencia bajo un cielo de ruinas.
Qué saben de ese embarazo antiguo gestando
desde siglos
un hijo despatriado que no logra nacer

ni abortar de mi vientre
cuando resbalo y caigo.
Un hijo falsamente robado y bautizado
en el narcotizante vino de un río mitológico
que no acierta a moverse
con la pesada carga que le asignan.
¡Ay del fruto en la entraña
escandalosamente percibido,
voluminosamente titulado,
quebrantando mis huesos al golpe
    de su peso!
Y antes no eran sus rasgos pronunciados
ni complicado el peso.
Yo recuerdo la niña agilidad
que jugaba con la víscera azul
antes del rapto,
casi en la misma conjunción del lecho:
aquella anunciación difusa y primeriza
de hace siglos,
donde su presencia apenas si brillaba

con párvula intuición de imprecisión y azoro.
Sensible al ruido y diminuto,
sus fugas nos vedaban los contornos
y aún el más sigiloso y descalzo de los pasos
le aguijaba de miedos
precipitándole en una tímida huida de corza
repentina.

Pero eso fue ayer. Ayer,
en el tiempo de las primeras brasas.
Hoy todo es distinto.
Sé mi condición de madre
y de Dios su condición de hijo,
de sucesión, rumbo al futuro,
y un desgajado sol de otoños dulces
dilata mi corazón y lo revienta en grito:
¡Mi hijo! ¡Mi hijo!
Con un temblor de voz que supera todas
Las ternuras.

De blasfemia han tachado mis urgencias.
Dicen que Dios no reirá jamás entre
    mis labios
ni llorará en la cuenca de mis ojos tristes.
Seré siempre la anónima, la gris,
    la desterrada
para quien sólo existe por patria
un índice de estragos y de hogueras.
Pero...
Que no me digan nada
El corazón se exprime en sus lagares
y canta en el ardor de sus heridas.
El mío canta aquí, a la intemperie,
sin fronteras ni códigos caducos,
sin esos cuentos viejos que nos dicen:
"Corrían arcos de luz de arriba abajo
y tatuaban las frentes de distancias".
Como si el ala oculta no tocara
más arriba del ojo de los vientos.

Yo no puedo alisar fábulas ciegas.
Alguien rompió sus labios pecho adentro
y me enseñó a forjarme desde siempre
una forma de amor recíproca y sencilla.
De aquí que guste la identidad sin límites
ni ambages
y use el coloquio fácil y entrañable
con que en el vientre se hablan madre
e hijo.
No reparo en lo dicho. Dios es mi
inseparable,
mi más íntimo compañero
de juegos y de lágrimas:
el más constante y tierno,
más rebelde y sumiso.
Lo que son las cosas...
Yo sé lo que le espera al canto en que
me espigo:
una turba de puños

indignados demolerán
    su forma,
me trizarán a golpes.
Mas yo sabré ubicarme
de nuevo en mi insistencia
sacudida de grillos la cabeza
y destrenzado el pelo hasta las corvas,
porque odio los límites supuestos.
No me conformo con que digan:
"Su forma es ésta; vedada otra estructura".
¡Qué débil consistencia de doctrina!
Recordad que Dios es el espejo
más contradictorio y bifurcado,
acomodado a todas las pupilas.
Yo lo esculpo a mi modo y le doy forma.

¿Cómo pecar con esto?
¿Peca la hembra que proclama al vástago?
¿Peca al decir: se hospeda desde siempre
en la borrasca delirante de mi sangre?

Imposible.
El concebir y el cantar no hay que velarlos.
Hay que danzar con ellos a la luz del día
y a la obsidiana luz de la alta noche.
Yo no puedo evitar mi índole espontánea:
soy una cascada de torsos al desnudo.
Como el niño se da, me doy al viento
desatando mi grito.
Los buenos me dirán que calle y ceda.
Mas yo que en torno de mi cintura
he puesto un cascabel de mineral rojizo
que a cada paso grita a Dios: ¡Mi hijo!,
y establezco mis propios cánones y salmos,
no me dejo llevar
ni me dejo negar
ni escondo la vereda
ni me humillo el rostro
cuando otros le nominan "Padre",
"Artífice",
ni les digo el origen de mi grito

porque no creerán en la sobrevivencia.
Perece el padre, sobrevive el hijo.
El último es eterno:
llora en el niño antes de hacerlo hombre,
y después y después,
y siempre el hijo despejando el futuro,
dominando horizontes
imperecedero, triunfal,
en la Unidad, en lo Eterno.
¿Por qué ignorar que el mundo
es un cotiledón de fuego
en que Dios va formando su presencia?
Son cosas que no pueden cubrirse.
Miradme aquí cómo al tratar su nombre
danzo en una resurrección
de brasas removidas
y siento sus latidos sonándome en el pecho.
¿Cómo negar al hijo que florece?
No he aprendido a ocultarle
ni a decir que me pesa, aunque me acusen

de agotarme su largo nacimiento.
¿Por qué habría de ser?
Él no me obliga a prescindir de nada.
Su floración es natural y simple
y si bien estos ojos vidriosos se me pierden
tras un vago rumor inaprehensible
y a menudo descanso en el camino
y acaricio su forma por mi vientre,
también puedo agitarme
y retozar a pie descalzo el monte vivo
y hago correr sus pies entre mis piernas
y hundo mis manos en la tierra firme
y bebo el agua corriente de los ríos
y desnudarme al sol.
Y es mejor que mejor,
porque no me gustaría que el que pasara
viera
mi cabeza quebrada sobre el pecho,
ni quiero para él un enfermizo rostro
de Dios encajonado

en estancias oscuras y severas.
Quiero que muerda el corazón del mundo,
que sepa del sol,
de los astros, del viento,
de lo grande y lo mínimo.
Quiero en Dios al hijo que creciendo
en plenitud reviente al cerco falso
y destruya las fronteras
y la celda ficticia y demudada
del concepto y la carne.
Lo quiero levantando su imperio al aire libre,
desnudo, limpio, imperturbable y sano,
respirando hondo y fuerte
del aliento rotundo de la tierra.

Prohibido desde el púlpito, un libro de Enriqueta Ochoa

Javier Molina

El que canta es un ciego/ con los ojos de faro/ y los labios de raíz oscura./ El que canta es un ciego/ que se quemó de ver/ y nunca vio el objeto/ dentro de su cuerpo justo/ ni con su luz exacta./ Sin embargo,/ es el ciego maldito/ que ve con los ojos de todos los que ven. Es la palabra, la palabra de Enriqueta Ochoa (Torreón, Coahuila, 2 de mayo de 1928).

Publicó su primer libro, *Las urgencias de un Dios*, en 1950. El tema —platica— se refiere a la supervivencia de Dios, más como hijo que como padre, porque el padre muere y el hijo sobrevive. Por lo tanto está siempre en nosotros: desde que nacemos ya llevamos en nuestros genes al hijo.

Con tres doncellas me heredó mi madre:/ la que vive en los altos,/ toda hecha de luz; de ese viento dorado/ con que el sol nos habita.

Las urgencias de un Dios "porque yo tengo la urgencia de un Dios." El segundo libro de Enriqueta Ochoa fue publicado 18 años después, en 1968: *Los himnos del ciego*. "Ahí sí existe ya una idea más de acuerdo con las cosas de la tierra, establecidas por los hombres." *Sobre las más altas rocas del amor/ he llorado esta noche,/ porque soy,/ porque los hombres somos/ aherrojados flautín,/ mirada ciega,/ potencia de una luz encanecida/ que podría cantar, contar,/ hilar la trama de los siglos.*

Enriqueta Ochoa nos cuenta que su primer libro "era prohibido desde los púlpitos de Torreón, porque era una herejía: Dios debe ser el hijo, porque no muere nunca, porque ya lleva en sí al hijo que

va a nacer." Por entonces la poeta vivía en Torreón. Allí conoció a los escritores que llegaban de la ciudad de México, o desde allí mantuvo correspondencia con algunos de ellos: Emmanuel Carballo, Jesús Arellano, Rosario Castellanos... "Y nunca tuve la oportunidad de conocer a Jaime Sabines, que fue siempre mi ídolo (recuerdo el poema "Mis X"), y hasta la fecha nunca nos hemos conocido. Recibía cartas de Cuba, de Sudamérica, de lectores realmente muy impresionados con mi libro. Les llamaba la atención que era un libro de una mujer muy joven. Y había una relación muy hermosa, porque los poetas de provincia estábamos al tanto de lo que escribían todos los demás, las gentes más hechas, como todo el grupo de "Tierra Nueva" o de "Contemporáneos", por ejemplo. Recuerdo la amistad conmigo de Efraín Huerta y después

la noticia de que había preguntado por mí Octavio Paz. Creo que sí hizo mucho escándalo ese libro, pero en mi pueblo, en Torreón, allí fue una cosa negativa: se creó un ambiente hostil, la gente dejó de dirigirme la palabra por completo. Ahora que como en los púlpitos se prohibía mi libro, en un mes se acabó la edición."

Destino

Recorrió el verano
    brincando en un solo pie
y su verano fue una estrecha hilera
    de ladrillos
en la boca inacabable de un desfiladero.

Las vírgenes terrestres

para Marianne,
mi hija

Itroito

En vano envejecerás doblado en
los archivos,
no encontrarás mi nombre.

En vano medirás los surcos sementados
queriendo hallar mis propiedades,
no tengo posesiones.
En cambio,
¿el sueño de los valles arrobados es mío?
Sí.
¿Mío es el subterráneo rumor de la semilla?
También.
Si me extraviara a tientas, en la oscuridad,
¿cómo podrían llamarme y entenderles?

Llámenme con el nombre
del único incoloro vestido que he llevado,
el de virgen terrestre.

I
Duele esta tierra henchida de vigores
sollamando la frente,
quemando las entrañas...

Todo mi nombre dentro se me rompe
de odio:
odio a la puerta en mí, siempre llamada,
odio al jardín de afanes desgajados
entre el sol y la muerte.

Por encima de las colinas arde la luz,
el tiempo se deshoja
y yo envejezco aquí traspasada de urgencias
frente a la puerta hermética.
Soy la virgen terrestre espesa de amargura,
desolada corriendo

del reguero de impactos en mi pulso.
Ya no me soporto en las grietas de la espera
ni el sopor del silencio.

II

¡Mentira que somos frescas quiebras
cintilando en el agua!,
que un temblor de castidad serena
nos albea la frente,
que los luceros se exprimen en los ojos
y nos embriagan de paz.
¡Mentira!
Hay una corriente oscura disuelta
en las entrañas
que nos veda pisar sin ser oídas
y sostener equilibrio de rodillas,
con un racimo de luces extasiadas
sobre el pecho.

III

Dicen que una debe
morderse todas las palabras
y caminar de puntas, con sigilo,
cubriendo las rendijas,
acallando al instinto desatado,
y poblando de estrellas las pupilas
para ahogar el violento delirio del deseo.
Pero es que si el cuerpo
pide su eternidad limpio y derecho,
es un mordiente enojo andarle huyendo;
dejar su temblorosa mies ardiendo a solas,
sin el olor oscuro de los pinos.
Siempre cerrada,
ignorando cómo se desgaja
el surco dorado ante la siembra;
de tumbo en tumbo,
cerrados los sentidos
y alumbrándose a medias.

IV

Viejas causas, cánones hostiles,
fervorosos principios maniatándome.
¿Sobre qué ejes giran que me doblan
a beberme la muerte en la conciencia?
Yo me miro y no soy sino una cripta
en llamas,
una existencia informe, sonámbula,
cargada de fatiga.
¿Es lícito permitir que se extinga
en servidumbre enferma
el bárbaro reclamo que nos sube
de abordar a la tierra por la tierra?

V

En esta brava inmensidad
no logran retenerme los desvaríos blandos
o el ímpetu del sueño.
La tierra es ruda, trémula, ardorosa,
y se me expande dentro.
El vértigo sanguíneo esplende

arrebatando al canto
y ni le puedo contener el paso,
ni sustraerme a los labios
que me caen al papel como dos brasas.

VI

Pienso en las abastecidas, las satisfechas,
las del ancho mar;
las que reciben el regocijo vital
de las corrientes
—cauces donde la vida vibra y se eterniza—,
pienso en las abastecidas
y me irrita el despecho
de mi roja marea sofocada;
al no encontrar la presencia de Dios
por ningún ángulo
y andar de pueblo en pueblo
emblanquecida de miedo,
de pasión y de tedio,
sepulto el corazón bajo el hollín
de todos los recelos.

VII

Te rindo y te maldigo, recio olor de la tierra,
tempestad original,
relámpago dulcísimo de muerte.
Te maldice el temor
de ver que Dios no acierte a descifrar
mi nombre,
porque yo, la que soy,
no asisto ni en el Monte Tabor
para el desposamiento en brillos,
ni soy de las que escalan
por los peldaños de la sangre al sol.
Dije que era un vaivén de la ola sombría,
la ola de las vírgenes terrestres,
las que no recibimos más nombre
que el que nos dieron niñas en la pila;
y cuando Dios nos llame
nunca habrá de encontrarnos,
dirá: las innombradas,
los desvaídos soplos, los desplomes silentes,
las estepas perdidas bajo esfumino duro,

y nosotras, cubiertas de humo en las
honduras
de un país olvidado,
vocearemos respuestas en remolino cálido,
arderemos los montes,
alzaremos los brazos en furia atropellada
y todas en un grito hendiendo los
contornos,
serpentearemos secas,
deshechas de agonía.
Pero inútil, inútil,
porque a la tierra estéril
no se le oyen los labios.

La poesía

La poesía
es una vidente enloquecida
que pasa la brasa de sus ojos,
noche y día penetrando el centro de las cosas.

La luz se fue cayendo a pedazos

para el doctor
Hernán Solís Garza

I

Uno está a la orilla del mar
salándose los ojos.
Uno es el perro ciego ladrándole a la luna
entre el garrote y la mofa.
Uno grita hasta reventar el cuerpo
y no hay sostén posible
ni cielo para creer
ni luz para beber,
sólo este oscuro destino de isla sorda
donde la sal relame los bordes de su orilla.

II

No sé qué orden de vientos ancestrales
te arroja en tu hora de primavera plena
a la embestida cáustica del mundo.

No hay palabra que alcance a decir
mi dolor de cuerpo incinerado,
retina de mis ojos,
proporción de mis días,
viento empujando mi maltrecha barca.
Todo gira en el aire,
todo cae en pedazos.
¿Cómo afrontar, sin lágrimas,
tu entrada al vértigo terrestre:
esta escala donde la eternidad ha tejido
una urdimbre
de amor e inteligencia en pugna
interminable
con un inmenso volumen de basura?

III

Tengo que decir
—Bueno...,
y cruzarme de brazos,
sentada bajo el dintel de mi mundo
boscoso,

mientras la miopía de un topo se estrella
contra el dedo gordo de mi pie
y asciende la pendiente
un zorro con aire despistado.
Tengo que decir
—Bueno...,
y una jauría me destaza.
Tengo que decir
—Bueno...,
y una paloma gime con las alas quebradas.
Lo que duele en los nuestros
es como si la sangre toda de golpe
    se astillara
y uno mira impotente, de rodillas,
cómo arrastra el tiempo su corriente
lo que fue, lo que es razón de nuestra vida.
Tengo que decir
—Bueno...,
mientras desata una tormenta
sus látigos oscuros
desde el fondo de mis ojos de luto.

IV

Hemos velado juntas, en silencio,
nuestro propio cadáver,
guardando las palabras para que no hicieran
estallar
el cristal de la estancia en que se ha cerrado
para crecer el dolor.
En vano intentamos incorporarnos,
hallar el paso seguro.
Nos deshacemos como fantasmas
en un círculo de espuma.

V

Mi hija y yo comimos
la yerba amarga y el pan ázimo
mientras pasaba afuera ululando la muerte.
Arracimadas en una sola lágrima
oramos en minutos la equivalencia a meses,
días, años.
Y pasó el pavor de la noche, temblando,
sin tocarnos.

VI

Desde lejos
la sangre que creíamos perdida
atraviesa la línea de tiempo como
una cuchillada
y te rescata de mis arañas de miedo
y de tu miedo.

VII

Vamos a guardar este segundo
en que te abates
hecha un nudo pequeño y lloroso
en el puño de mi mano.
A jugar a que puedes regresar un día,
a que no hay horizontes inciertos
que te estiren de mí.
Vamos a jugar a la mascarita sonriente,
mascarita de barro.
¡Rechingada máscara del diario
con que oculto

estas grietas de fuete
que son la vida en mi cara!

VIII

Decidida
echas reversa en el tiempo
y te sumerges en las llamas bautismales
antes de partir,
para no olvidar esta raíz que dejas
y que arderá sin tregua
como una lengua de fuego
siguiéndote a través de todos los caminos.

IX

Este mes o este resto de vida
será un andador pardo
de alfileres, de horror y de tortura.
Un largo grito de espanto
en que me lamerá el corazón
la lengua de una pesadilla.

X

Mansamente sin quejas,
me siguió mi hija en el exilio
aunque yo trastabillaba ciega
y era un signo casi desdibujado en el gran
pizarrón.
Ahora estoy aquí traficando con palabras
y lágrimas
porque no quiero que desaloje de su
corazón mi sitio
ni me estrangule con el cable de un
prematuro adiós.
Ella no volvió nunca.
Me senté a la puerta de mi locura
esperando
desde los siglos del vientre, sin dormir.

XI

Ella no volvió nunca.
Un hachazo me parte a lo largo
de la cabeza a los pies.

Evadida de todo lo existente
con paciencia tejí de su corazón al mío
un puente donde la luz hallaba
    entendimiento.
Hoy espesa la niebla en mis pupilas.
Envejezco limpiando en la memoria
    los minutos.
Ella no volvió nunca.
Su dulzura de pájaro trémulo
echó raíz de amor
en la grieta azul de Potiers,
en una casa de campo
entre rosedales en el valle de Loire.
Allá la larva se tornó mariposa.
Dicen que vino y me tocó en el hombro
con la magia de una alegría madura.
Pero la niña que partió
con su vestido infantil de cristal asustado
no volvió nunca.

Y yo me quedé junto a la puerta
de mi locura
en silencio
a esperarla desde los siglos de mi vientre.

XII

Todo lo que yo amé
me fue arrancado,
aspirado por el tragasol de la distancia.
Impotente,
ahumada en soledad,
desgastándome de amor
me miro, en esta tarde que se deslíe sumisa
al resbalar por los cristales.

XIII

Consumida por un intenso fuego,
hipocondríaca
me va comiendo el dolor
tejido tras tejido.

XIV

Desmembrada.
La mitad de mi cuerpo desasida
navega hermética, lejana. Alcanza
cada vez más distantes riberas.
Una anemia galopante hostiga mi alma.
Una invasión de amor se derrama
en la sangre
y azota mi entereza.
Me sacan de los pies el mundo.
No volveré a ser. No volveré a estar nunca
sobre la tierra junta.

XV

Echada
bajo la mesa
mi cariño incorruptible
espera el minuto en que al azar
pueda caerle una palabra.

XVI

No tocaré a otras puertas.
No calmaré a la gente de otra orilla.
No pediré limosna en el umbral
de mi miseria.
Voy a morirme aquí como las bestias
en su madriguera,
en la oscuridad de mi guardia.

Escritura al margen de capillas y cosas

Emmanuel Carballo

En 1968 aparece *Los himnos del ciego* y un año después, *Las vírgenes terrestres*, volúmenes ambos en los que Enriqueta Ochoa depura su manera de urdir imágenes y metáforas y comienza a emplear adjetivos menos numerosos y más afortunados. Deja atrás la poesía de juventud y principia a transitar por el camino de las realizaciones poéticas maduras.

En 1978 da a conocer *Retorno de Electra*, donde recoge los poemas que considera más significativos de sus tres primeros libros y presenta a la curiosidad de los lectores, seleccionada, su producción inédita comprendida entre 1969 y 1977. En el 78, asimismo, se editan sus *Cuadros de Xalapa bajo la lluvia*.

En 1986 da a conocer los que hasta el día de hoy son sus libros más recientes: *Bajo el oro pequeño de los trigos* y *Canción de Moisés*. El primero, especie de poemas selectos, preparados por Orlando Guillén y Mario Luis Guzmán, agrupa tanto sus poemas no coleccionados como aquellos que a juicio de los antólogos constituyen sus textos líricos sobresalientes. El segundo recoge poemas inéditos.

Enriqueta figura en varias antologías, una de ellas consagrada a los poetas religiosos. Es importante señalar que después de la obra del padre Placencia, de una religiosidad heterodoxa y de un patetismo en carne viva, los mejores y más originales poemas de esta tendencia los han escrito dos mujeres: Enriqueta Ochoa y Gloria Riestra.

Dos de las antologías mejores consideradas: *Poesía en movimiento* (cuyos responsables fueron Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Arijdis) y *Poesía mexicana 1915-1970* de Carlos Monsiváis, no consignan poemas de Enriqueta, y no los consignan, quizá, porque su poesía no abre puertas hacia el futuro, más bien las cierra. Es una poetisa epigonal, pero de indudable importancia en la historia de nuestra poesía. Creo que su ausencia más que perjudicarla a ella, perjudica a las antologías que no supieron leer su personalísimo discurso poético.

Enriqueta forma parte de la generación de poetas nacidos en los años 20 en la que sobresalen Jaime Sabines y Rosario Castellanos. Al margen de capillas y modas, su poesía es una de las más desgarra-

das y trascendentes entre las escritoras en México a lo largo de los últimos 40 años.

Por último quiero consignar que en su mundo lírico, el erotismo y la religión se prestan mutuos servicios.

El lomo de la vida

Tras la reclusión vino de improviso la luz.
Deslumbrada, llegué
al núcleo de un violento avispero.
Ajena a la concesión estudiada,
inoportuna,
con la simplicidad del que ignora
el aguijón de la insidia, pasé la mano,
sin malicia, por el lomo de la vida.
Dios mío, qué brutal quemadura.

La palabra

para Sergio Pitol

Ahora,
cuando se apaga el fuego que arrasó
    mis llanuras
con su gemido estéril,
convalezco bajo un sol tibio
con la fuerza encarada.
Sabiamente me alimenta la miel
de una colmena inefable.
Acaricio la exactitud de las celdillas
e, infatigable, se enardece mi espíritu,
aletea,
protege el panal de la hermosura
para que no muera su reina
                la palabra.

Padre

para Macedonio
y Teresa

Al montón de polvo que te cobija
bajé esta tarde;
la sal de la llanura ardía
bajo el árido resplandor del silencio
y un tifón de soledad golpeaba
contra la flor caliza de los cerros.
Yo te hablé con esa ternura indómita
que rompe dignidades,
y me quebré de bruces en la tierra;
allí donde ningún extraño enjugaría
las pupilas ajadas de desvelo.
Lejos,
en muchedumbre hambrienta palpitaba
    la vida
ajena de tu muerte y de la mía...
¿Es que pronto no habrá una lágrima

para mojar tu ausencia,
una antorcha vehemente que te salve
    de tanta
nieve oscura?

Pespunteo mis días

para Alberto
y Rosario Domene

Pespunteo mis días,
aliño la más inútil de mis prendas,
tiro el aguijón de la susceptibilidad al cesto,
las tijeras de alguna palabra inoportuna
que pudiera cortar;
remozo el paisaje en la retina,
deshollino el pecho,
limpio los tejados enmohecidos
por tantas lluvias de sal
en el dolor
y me dispongo a nacer.

El suicidio

para Rubén
Tamez Garza

Pienso en la fecha de mi suicidio
y creo que fue en el vientre de mi madre;
aun así, hubo días en que Dios me caía
igual que gota clara entre las manos.

Porque yo estuve loca por Dios,
anduve trastornada por él,
arrojando el anzuelo de mi lengua
para alcanzar su oído.
Su fragancia penetraba en mi piel
palabras que no alcanzo a entender,
que no voy a entenderlas, quizá...
Aprendí muy tarde a conocer varón,
lo sentí dilatarse con toda su soledad
dentro de mí.
Fue una jugada turbia,

un error sin caminos.
Fue descender al núcleo fugaz de la mentira
y encontrarme, al despertar, rodando en
    el vacío
bajo una sábana de espanto.
Fue lavarle la boca a un niño
con un puño de brasas
por llamar natural lo prohibido;
por arrastrar con cara de mujer madura,
ese carro de sol inútil: la inocencia.
Fue arrancarte las uñas de raíz,
arrastrarte,
meterte en la oquedad de la miseria,
    a bofetadas,
por el ojo hecho llama sombría, del demonio.

Bautizada por el viento

Entrevista con Enriqueta Ochoa

Adriana del Moral

Enriqueta Ochoa (Torreón, Coahuila, 1928–Ciudad de México, 2008) afirmaba que "la poesía nace con uno" y, aunque sin duda la poesía fue para ella una compañera fiel de su vida, no acaba con su muerte. La autora lagunera empezó a escribir poesía a los nueve años y, desde su primer libro publicado en 1950, mostró el estilo íntimo y diáfano que la caracteriza.

Ser capaces de crear algo a partir de nuestras más profundas pasiones es mucho de lo que define a un artista. Y, en el caso de Enriqueta, su precisión para dar palabras al dolor la consagró como poeta. Tras el fallecimiento de su padre, una avalancha de pesar se cernió sobre su familia:

al poco tiempo murió su madre y, como consecuencia de eso, su hermana Estela se suicidó y luego su hermano empezó a tomar hasta morir.

Tuve el placer de entrevistar a Enriqueta Ochoa un par de veces en su casa: primero en la Colonia del Valle, en el departamento que ocupó por más de quince años y otra cuando vivía en un edificio en la calle Wisconsin, a donde se mudó en sus últimos años para estar más cerca de su hija Marianne. Cuando charlé con la poeta por primera vez, me pareció como si aún llevara un luto recatado. Su maquillaje era discreto pero impecable; acentuaba sus grandes ojos y dejaba los labios al natural. Iba toda de negro, con el cabello recogido, y su único adorno era un pequeño dije de turquesa. Sus modales de gran dama le daban cierto aire de reserva. Sonreía poco,

pero cuando lo hacía era imposible pasarlo por alto: su rostro se transformaba.

Su hogar, tanto en uno como en otro departamento, estaba atestado de libros. Recuerdo también las fotos de su álbum familiar: las de su hermana Estela, quizá la más próxima a ella, con la que viajó a Europa, los retratos de su marido Françoise Toussaint y las imágenes de su infancia que me mostró Marianne, su hija.

Enriqueta poseía una elegancia nata que conservó casi intacta —pese al paso del tiempo y a las enfermedades que padeció— hasta el último momento y se revelaba en cada uno de sus gestos: su forma de sentarse, de encender el cigarro, de pasar las páginas de un libro. La última vez que la vi, unos meses antes de su muerte, su hija insistió en maquillarla, "porque si no, luego se ve y se enoja." Su voz era hermo-

sa, reposada, profunda, y su charla agradabilísima, con relevaciones tan íntimas como las de su poesía.

Cuentan su hija Marianne Toussaint y su yerno Alejandro Sandoval, ambos escritores, que Enriqueta casi ya no leía en sus últimos días. Sin embargo, aún escribía poemas y hacía apuntes con letras grandes y temblorosas en una libreta. De hecho, dejó terminado un diccionario de imágenes poéticas, donde revisa las maneras en que poetas del siglo XX abordaron diversos elementos y objetos como el agua y el fuego.

Enriqueta creció entre la joyería de su padre en Torreón y las labores del campo en Villa Juárez, donde vivían sus abuelos. Siendo niña, el mundo empezó a revelársele en forma de poemas que escribía y guardaba luego hechos bolita. Siempre

supo que la poesía era una encomienda muy íntima; quizá por eso usó la misma técnica de guardar los poemas hechos bola en su costurero cuando escribía los textos que se convirtieron en su libro *Retorno de Electra*.

La recuerdo como la vi el día que se festejaban sus ocho décadas de vida: con una alegría de niña en los ojos y, más que nunca, como una abuela dulce, en paz con este mundo y con el otro. Enriqueta escribía por las noches y, con el paso de los años, se levantaba tarde para reponer los desvelos.

La proximidad de la muerte hizo a Ochoa no más agradable sino simplemente más sonriente, como si su mirada se apartara definitivamente de las tragedias que cruzaron su vida y se concentrara simplemente en las suaves alegrías del

presente: “El oro pequeño de los trigos”. Quizá sucedió así porque tuvo la suerte de estar en sus últimos días rodeada por su familia y recibió el cariño de sus lectores, amigos y alumnos en eventos como el homenaje que le organizó Bellas Artes por sus ochenta años.

¿Usted piensa que la poesía nace de una voz que habla al oído, como dice Paz, o es fruto de un constante trabajo con las palabras?

La poesía nace con uno. No es cuestión de pasarse sobre los libros para saber qué es poesía y qué no es poesía, sino que nace como un producto de vivencias. Como un misterio que no podemos saber nosotros de dónde viene, se nos abre la poesía. A

veces en diez minutos se nos viene un poema, que con muchos libros juntos no podría uno escribir ni en quince días. Desde mi primer poema no sé cómo lo escribí. Yo tenía apenas nueve años, y escribí otros y otros y otros. Estos poemas iban naciendo como si me los dictaran en pedazos de papel y los hacía bolita y los guardaba junto a los huevos de las gallinas.

Leí que su poema tan reconocido el "Retorno de Electra" lo estuvo trabajando muchísimo tiempo, ¿cómo fue este proceso?

Bueno, ese trabajo fue interior, fue en el espíritu, fue llorar y sufrir mucho por la muerte de mi padre. De pronto este poema sale una tarde en que yo estoy esperando que salga mi hija de la escuela, se mueven unas cortinitas, así con el soplo de la

tarde, y en ese instante algo me recuerda, algo muy grande, muy profundo me lo recuerda, de tal manera que me suelto escribiendo. Así nace todo el primer canto, en ese ratito, en diez minutos. Había tenido que esperar veinte años para que saliera ese pedacito.

Mi padre también murió cuando yo era niña, y aún no he podido escribir nada sobre eso.

Hay que trabajar y trabajar con el dolor hasta que salga. Así me pasó a mí, yo sufría mucho, me autodestruía mucho. Una mañana despierto y creo ver a mi papá así como si estuviera todo vestido de andrajos. Me dice: "Déjame descansar, porque se me va a ir mi luz. No puedo descansar mientras te vea llorar." Yo le juro en ese momento que nunca más volverá a suce-

der nada de eso, que lo voy a dejar descansar para siempre. Jamás volví a llorar, jamás lo volví a recordar ni nada. Se vino el poema enterito.

¿Usted consideraría que su poesía es femenina, o que existe una poesía femenina?

Desde luego que sí existe, porque yo tengo un poema que se llama "Las vírgenes terrestres" y en él estoy siempre diciendo: "Soy la virgen terrestre", una cosa que no puede decir un hombre, ¿verdad?, y me estoy refiriendo a algunos problemas femeninos. Y sí, mi obra es muy femenina.

Hay autores como Nietzsche que dicen que la escritura es un don masculino, a lo mejor porque es hombre. Él dice que todos los hombres que aman a una mujer que escribe, tienen algo de homosexua-

les, ¿nunca les causó a los hombres de su vida algún problema el hecho de que usted escribiera?

Sí. No sólo yo, creo que muchas mujeres hemos luchado por el hecho de que los hombres no nos aceptan del todo. Sobre todo era muy difícil obtener su aceptación en aquel tiempo, pero lo gané nada más trabajando, con hechos.

Muchos de sus poemas de amor aparecen dedicados a diferentes hombres, ¿considera usted que ha amado a muchos hombres en su vida?

No muchos. Amores tuve pocos, pero muy intensos. Por ejemplo, hasta la fecha hay gente que yo recuerdo cuando escucho una canción o veo algo. A lo mejor ya están muertos, o no he vuelto a saber de

ellos, pero lloro de que los quise mucho, de que los quise muy bien. Pero fueron pocos.

La inmensa mayoría de sus poemas aparecen dedicados, ¿estas personas le inspiraron los poemas o hablan de vivencias que compartió con ellos o son mensajes cifrados?

Son poemas para gente por la que yo sentía mucho cariño y que no tenía yo con qué demostrarles ese afecto por su amistad, por su manera de ser, porque en realidad me ha ayudado. Las dedicatorias que yo pongo son agradecimientos más que nada, a gente que me ha ayudado mucho en mi vida, médicos, doctores que me han operado sin cobrarme un centavo nada más porque les gusta mi poesía. La vida para mí fue muy difícil, yo sí sentí que necesité

ayuda. Y siempre me la dieron. Y a todas esas personas, la mejor manera en que podía corresponderles, era con un poema.

¿Para usted los poemas son como hijos?

Sí, son como hijos y uno responde por ellos y tiene que seguir respondiendo siempre, porque se lo exige el poema mismo.

También entre los hijos hay predilectos, ¿cuáles serían sus favoritos?

El "Retorno de Electra" y "Bajo el oro pequeño de los trigos". También el poema que escribí para todos los poetas, "Los días delirantes", que salió en el Fondo de Cultura, en mis obras completas.

Su vida ha sido muy difícil, ¿por eso la muerte aparece como un tema recurrente en sus poemas?

Yo tuve la desgracia de no conocer nada sobre la muerte, de pronto empiezo a tener esas pérdidas de una manera muy dolorosa, porque son seres de los más amados. El primero que se va es mi papá. Él era el ser que más quería. Al poco tiempo muere mi madre, y como consecuencia de eso mi hermana se suicida. [A raíz] del suicidio de mi hermana, mi hermano empieza a tomar hasta que se muere. Se vino como una avalancha de muerte.

A pesar de todo esto, en sus poemas no hay tanta tristeza. Parece que la muerte le abre paso a otros temas metafísicos, a reflexiones sobre la vida.

Eso sí. Es que la muerte es una parte de la vida, y entonces la encontramos mezclada.

En "Bajo el oro pequeño de los trigos" también habla usted sobre la muerte. Y sin embargo, no es un poema lóbrego. En el momento que lo escribió, ¿pensaba usted mucho en la muerte de los que la rodeaban, o en la muerte propia?

En la muerte propia. Yo llego a ponerme muy enferma y siento la cercanía de la muerte. A partir de eso surge "Bajo el oro pequeño de los trigos".

Dios aparece mucho en su poesía, ¿es algo que va más allá de la religión?

No, no. Va más allá de la religión. Una vez yo leía en un libro de mística muy interesante que había un pozo del misterio a donde sólo podían entrar dos seres: el poeta y el místico. El poeta se echa un

clavado igual que el místico, y encuentran tesoros maravillosos en el fondo del misterio. El poeta los saca y los transforma en palabras, sin darse cuenta; el místico los saca y los transforma en oraciones. Y por eso es tan grande San Juan de la Cruz, porque él saca la oración y el poema.

¿Qué le ha dejado la poesía?

Todo. Toda la vida, incluyendo la longevidad, se la debo a la poesía. La poesía me mantiene en contacto con lo sagrado y lo profundo. Es una bendición haber vivido tantos años con la poesía, ¿qué mejor compañera?

* "Bautizada por el viento" se publicó el 1 de febrero de 2009 en *La Jornada Semanal*.

Índice

7

Texto de presentación

13

Enriqueta Ochoa

Beatriz Espejo

39

Enriqueta Ochoa o el retorno del mito

Esther Hernández Palacios

73

Prohibido desde el púlpito, un libro de Enriqueta Ochoa

Javier Molina

103

Escritura al margen de capillas y modas

Emmanuel Carballo

119

Bautizada por el viento. Entrevista con Enriqueta Ochoa

Adriana del Moral

El hombre 23

Retrono de Electra 25

Marianne 31

Bajo el oro pequeño de los trigos 33

Carta a Jesús Arellano 35

Estos templos 48

Las urgencias de un Dios 59

Destino 81

Las vírgenes terrestres 82

La poesía 90

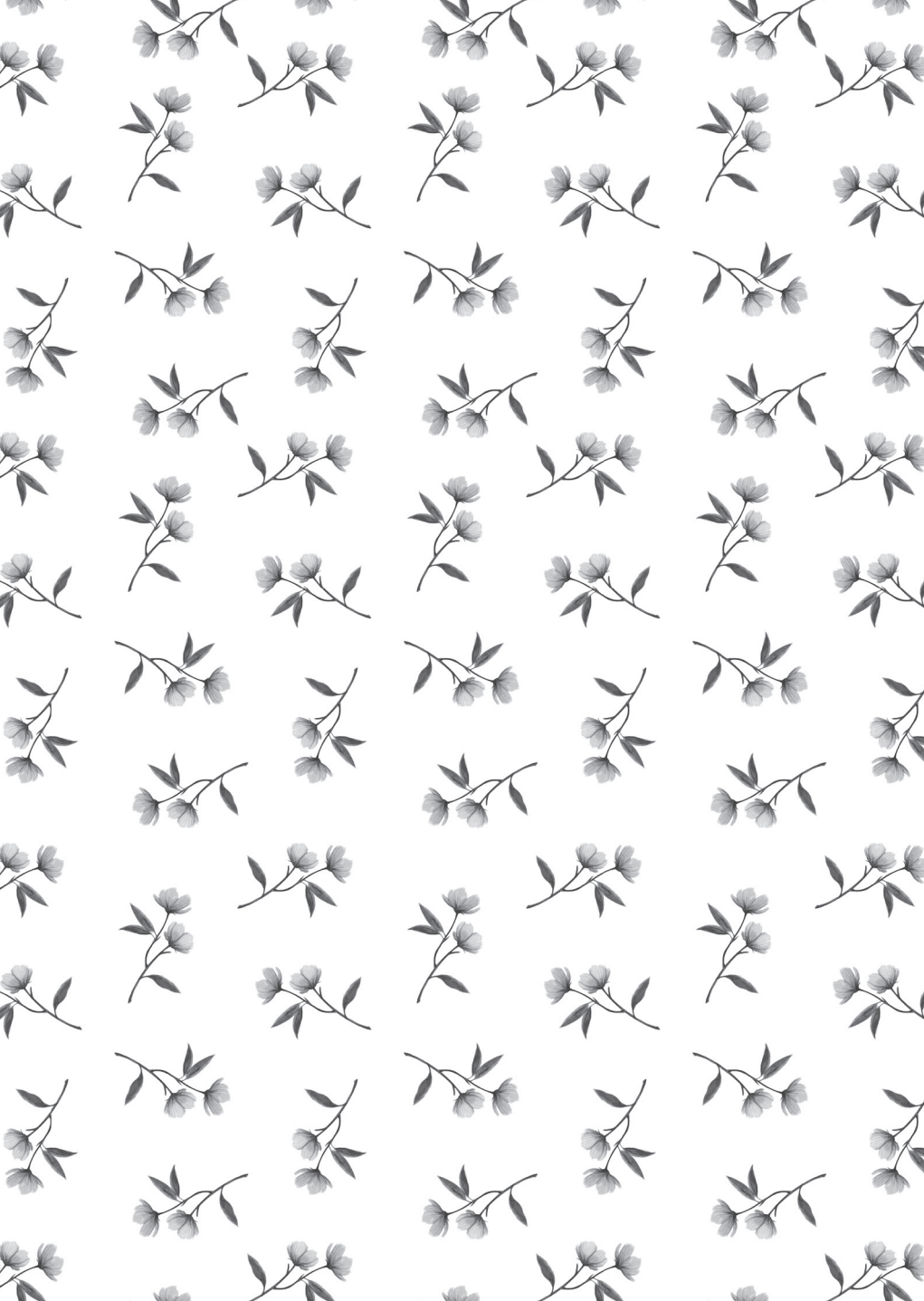
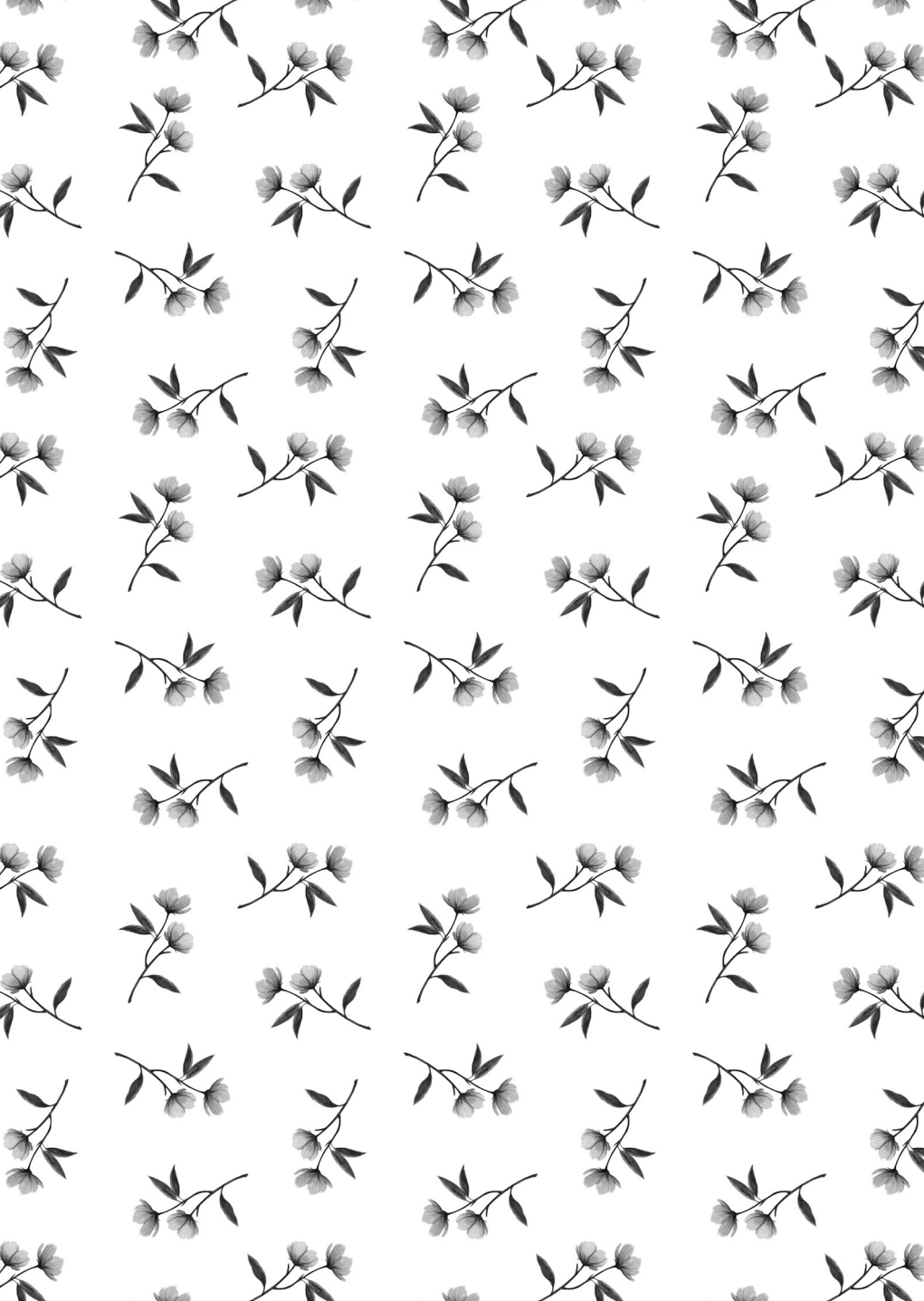
La luz se fue cayendo a pedazos 91

El lomo de la vida 111

La palabra 112

Padre 113

Pespunteo mis días 115

El suicidio 116

Impreso
en octubre de 2016
en Coordinación Editorial
Dolores Quintanilla
con un tiraje de 500
ejemplares